

§. XV.

SOBRE LOS OBSTÁCULOS QUE HAN IMPEDIDO CONSOLIDAR EL ORDEN PÚBLICO, RESTABLECER LA PAZ Y UTILIZAR TODOS LOS ELEMENTOS DE PROSPERIDAD CON QUE CUENTA LA REPÚBLICA.

Casi todo lo que llevamos dicho hasta aquí ha tenido por objeto demostrar, que ni la Iglesia con su poder y propiedades, ni el clero por su conducta, ni el pueblo con sus creencias y profesion religiosa, son *el gran obstáculo opuesto á un Gobierno liberal y constitucional*. Esto bastaria para nuestro propósito, que ha sido vindicar á la Iglesia y al clero de tan atroces calumnias. Mas, como al escribir este opúsculo nos hemos propuesto, no solamente defendernos, sino tambien contribuir en cuanto dependa de nosotros al sólido establecimiento de un Gobierno justo y fuerte, capaz de consolidar aquí el orden y la paz, no creemos inútil pasar de lo negativo, propio de una defensa, á lo positivo, señalando los puntos gangrenados, esto es: manifestar las causas del mal y dar á conocer los verdaderos obstáculos opuestos al orden, la moralidad y la justicia en este desgraciado pais. Tal es el objeto de este párrafo. Nosotros recorreremos estas dificultades prácticas con que siempre se ha luchado, y el sensato lector podrá juzgar, si tales vicios provienen de la Iglesia y su ministerio con las creencias religiosas y máximas morales de un pueblo exclusivamente católico, ó mas bien, de la sistemada y progresiva oposicion que han hecho, á la unidad de la doctrina, la pureza de la moral y las reglas de la conducta, bajo la influencia corruptora de la Revolución, los que han figurado aquí como agentes suyos casi desde el principio de nuestra independencia.

I.

Hablar detenidamente de los obstáculos que se han puesto hasta aquí al orden, á la paz, á la prosperidad pública, seria empeñarse por este mismo hecho en la penosa taréa de escribir un grueso volumen: porque la historia de medio siglo, que cuentan nuestras revoluciones políticas y el desquiciamiento progresivo de nuestro edificio social hasta su completa ruina, no es de aquellas cosas que se resumen en dos palabras; y por otra parte se ve, que el conocimiento de estos obstáculos, para evitarlos en lo sucesivo, es la piedra de toque, la condicion precisa de nuestra verdadera y plena res-

tauracion. Sin embargo, entre los dos extremos, de decirlo todo, ó callarlo todo, adoptaremos el medio de decir una palabra sobre seis vicios dominantes, á los cuales debe México, segun creemos, todos sus infortunios: primero, el desconcierto y capricho de las opiniones; segundo, el choque de los intereses; tercero, la influencia negativa y perniciosa del egoismo; cuarto, la envidia; quinto, la inmoralidad en la provision y desempeño de los empleos; sexto, la oposicion constante y sistemada.

Por una de aquellas coincidencias, que para muchos serán casuales, y para nosotros son lógicas, la opinion ha sido un poder desde que la lei ha sido una quimera y la autoridad pública un fantasma. ¡Cosa admirable! donde se respeta más se opina ménos, y donde la obediencia es mas estrecha la discusion está mas circunscrita. La opinion, cosa mui diferente de la fe y la evidencia, gira siempre dentro de la órbita de las probabilidades en la esfera de la conveniencia pública. Si ella, respetando la verdad, los principios y la lei, limitara su accion á puntos colocados fuera de estas cosas, seria siempre tan útil como es natural. Mas por desgracia no ha sucedido así, pues todo lo ha invadido; invadiéndolo todo, lo ha hecho opinable todo; haciéndolo todo opinable, lo ha desquiciado todo; fuerza de los principios, base de las instituciones, autoridad de la lei, poder legitimo del Gobierno; y en su impotencia para establecer algo por sí misma, somete á la sociedad á la preponderancia de la fuerza. Nace la opinion, y se dividen los pareceres; á esta division sigue la formacion de los partidos; bien pronto los partidos toman el carácter de facciones, viene la Revolución, desaparece la paz, acaba el orden, y la anarquía se enseñorea de la sociedad. ¿Qué remedio contra este mal? Reconocer que los verdaderos principios no son puntos opinables; que la institucion social fundada en ellos no admite discusion; que la fuerza de la lei es superior á las cavilaciones del raciocinio, y que los derechos de la autoridad, una vez constituida, nunca deben ceder á los resultados de una polémica. Hai más: para precaverse del influjo pernicioso de la opinion, basta considerar por una parte las prescripciones de la Lei divina, y por otra la última consecuencia de estas divisiones en los pareceres, á la que sigue la division en las voluntades, la lucha de las pasiones y la desolacion de los imperios, como nos lo enseña el mismo Jesucristo.

Los intereses, que concertados en la justicia dan un robusto apoyo á la sociedad, son la peor gangrena cuando, traspasando estos limites, llegan á enseñorearse de un pueblo. Sin ellos, en su bastardía, las opiniones no serian tan activas, tan diversas y pernicio-

sas. Si hubo un tiempo en que los intereses servían á las opiniones, porque estas eran todo, este tiempo ya pasó: hoy las opiniones siguen el movimiento de los intereses, y éstos son los que en último resultado corrompen la moral pública, debilitan y extravían la marcha administrativa, perturban la paz y hacen reinar el desorden en la sociedad: intereses de la ambición sirviendo á la codicia, de la ambición, que trastorna la sociedad para asaltar los puestos públicos, mirando en ellos un medio seguro para enriquecerse á costa del Erario: intereses que, multiplicando los trastornos para crear necesidades urgentes á los gobiernos, improvisan con el agio fortunas colosales: intereses que, haciendo frente á la autoridad para eximirse de los impuestos legítimos, especulan con el fraude, tienden la fidelidad con el cohecho, inician insurrecciones que suelen desaparecer al consumarse un gran contrabando, desequilibran el comercio y arruinan las fortunas: intereses que, considerando como un obstáculo insuperable los principios del orden y las garantías de la propiedad, suscitan esas cuestiones de desamortización, nacionalización y venta de los bienes eclesiásticos y aun de corporaciones civiles, estimulan con el robo y el pillaje, precipitan la revolución, y hacen nacer fortunas inmensas sobre el sepulcro de los más justos, legítimos y sagrados derechos: intereses descarriados hasta el último extremo, que reúnen al rededor de una bandera hipócrita de libertad, reforma y progreso, á todos los criminales y foragidos sobre quienes pendía la cuchilla de la ley, á todos los vagabundos y ociosos, á la gente más inmoral, para formar ejércitos que pesan horriblemente sobre los pueblos, que todo lo desolan, y que á fuerza de terror, llegan á enseñorearse de la sociedad, haciendo aparecer á las personalidades más inmundas en los primeros rangos del orden político, civil y militar.

Ya se comprenderá, y no solo por las luces de la razón y por los documentos de la historia, sino también por los ruidos, tremendos y recientes golpes que acabamos de recibir y continuamos sufriendo sin esperanza de término, cómo esta es la plaga más terrible y el más arraigado mal que nos está devorando: porque, ganando terreno á expensas de la necesidad, ha llegado al extremo de crear, con el título de principios, máximas absurdas y abominables, que más de una vez han esterilizado la restauración social en diferentes pueblos. Ellos han establecido con toda la énfasis de la alta política, la monstruosa doctrina de los hechos consumados, según la cual, de la consumación del delito nace el derecho de la impunidad. Contra este horrible sistema, contra este cáncer pestilente, no hay más que un correctivo, y es la justicia: justicia de aplicación, que restablezca

el orden; justicia de régimen, que conserve el equilibrio de los intereses legítimos, destruya la inmoralidad y vigorice al Estado. Pero esta justicia necesita de un apoyo más fuerte que la palabra de la simple autoridad, un apoyo que tenga sus bases en la conciencia pública, el apoyo de una doctrina infalible, de una ley suprema, de una sanción eficaz, es decir: el apoyo de una razón social formada en la creencia, y de unas costumbres públicas regidas por la moral evangélica.

¿Mas, por qué triste fatalidad, siendo estas verdades tan claras y al mismo tiempo tan obvias, que se manifiestan por sí á toda inteligencia, y todo el mundo las comprende, y han sido y son el objeto de las conversaciones diarias, de la censura frecuente, y de los lamentos y quejas más universales, han podido, sin embargo, estos intereses mortíferos triunfar sin obstáculo, reinar sin oposición y enseñorearse por completo de los destinos de nuestra desgraciada patria? ¿Por qué, siendo tan claro que ellos, una vez dominantes, todo lo sacrifican y nada respetan, han podido salir entre nosotros avante con tanta facilidad? ¿Por qué, debiéndose considerar cada uno de los ciudadanos pacíficos en sus fortunas, en sus familias, y aun en su seguridad, como víctimas en acecho, que tarde ó temprano deben sucumbir, han permanecido todos tan impassibles en presencia de una tempestad que á nada perdona? Por el egoísmo de unos, la indiferencia de otros y la corrupción de muchos. Si los hombres de valimiento, de arraigo y de influjo, los hombres de inteligencia y probidad hubiesen comprendido la necesidad de moverse, oponiendo su acción á los avances del robo disfrazado con tan brillantes nombres, si hubiesen acudido al socorro de la sociedad amenazada, si se hubiesen aprestado á la defensa de los más grandes intereses en el nacimiento del mal, seguro es que la Revolución habría sido ahogada en su cuna; que el monstruo habría sucumbido al asomar la cabeza, y que el Estado, más vigoroso después del combate, se habría conservado á salvo de nuevos trastornos, fuertemente apoyado por el espíritu público y el espíritu nacional, que representan la vida y la madurez de un pueblo.

Mas por una desgracia el egoísmo, vicio dominante de nuestra sociedad, ha dado siempre á la Revolución el mayor incremento, dejándole todo el campo libre para que pase. En los estrados, en las tertulias, en las concurrencias privadas, todo se lamenta; censura, condena y anatematiza; pero llegado el caso, todo se deja pasar. Cuando se presenta la borrasca, todos anhelan por un Gobierno de orden y moralidad; mas cuando tal Gobierno aparece, todos le vuelven la espalda. Quiérese que el Gobierno lo haga todo sin gra-

var á nadie; que sostenga ejércitos, empleados y agentes de la administracion sin decretar impuestos; que desarrolle una accion administrativa inteligente y moral sin acudir á su auxilio, especie de pretension que no se tendria ni aun con el mismo Dios á pesar de su Omnipotencia. El egoismo es tan exigente como mezquino: grita cuando se le pide, desdeña cuando se le llama, deserta cuando se le obliga, murmura cuando se le abandona, y no pocas veces, en los lances mas comprometidos, adopta el infernal sistema de favorecer clandestinamente la insurreccion mas inmoral, y abandonar al Gobierno legitimo cuando vacila. Basta tener una fortuna regular, para desprenderse de las obligaciones sociales, y creerse con derecho de rehusarse á todo.

En pos del egoismo viene otro vicio no ménos pernicioso para la sociedad; la *inercia* que, pasando de la conducta al pensamiento, engendra esa especie de indiferentismo político que sabe doblegar-se á todo lo que no perturba el ocio querido que constituye para muchos todo el encanto de la vida.

Pero sobre todo, la corrupcion, cuando ha ganado mucho terreno en un pueblo, es el agente mas poderoso de los trastornos sociales: porque dispone siempre á los hombres á complicarse cuando el propio interes lo exige, y ya se les ve figurando entre los defensores de una buena causa, ya pasando con desdoro al campo enemigo, ya en los empleos sosteniendo los intereses del Erario, ya en los negocios sacrificando al Erario á especulaciones infames.

Así estos que á todo se doblegan cuando su interes lo exige, como aquellos que por todo pasan con tal que no se interrumpa su inerte quietud, son una especie de egoistas, y por esto consideramos que el egoismo es una de las mas terribles plagas que pesan sobre México, y de los obstáculos mas insuperables para la institucion, firmeza y prosperidad del Estado.

¿Qué oponer á este vicio tan general, tan arraigado y pernicioso? ¿Acaso el interes de la patria? El egoismo es la muerte del patriotismo. ¿Acaso la importancia de los derechos políticos? Ellos son nada para el egoista. ¿Por ventura la accion influente de la legislacion civil? El egoista burla con su codicia la vigilancia del magistrado, desprecia con su falsa conciencia las prescripciones de la lei. No nos cansemos: este vicio no tiene mas correctivo que la reforma moral, la cual es imposible sin el influjo de la religion. Protégase la accion restauradora del catolicismo, difúndase y generalícese sus principios, rectifíquese la conciencia moral, y entónces aparecerán la abnegacion evangélica, muerte del egoismo y principio de la vida, el espíritu de sacrificio, que hace portentos, que forma

el carácter y robustece á la sociedad, y el sentimiento del deber, que allana los caminos á la autoridad pública y destruye los obstáculos al cumplimiento de la lei.

Pero si el egoismo, sin embargo de su carácter negativo, causa tantos males, como nos lo acredita la experiencia, no es poco lo que influye contra la marcha y aun la estabilidad del Gobierno un vicio harto comun, y por desgracia muy arraigado entre nosotros, la envidia. Pobres estamos, preciso es reconocerlo, de recursos en materia de personalidad, principalmente cuando se trata de una verdadera y sólida restauracion; pero no tanto como nos hacen aparecer esas calificaciones apasionadas, hijas, no solo de la ligereza y precipitacion para juzgar, ni mucho ménos de fuertes convicciones, sino principalmente de la envidia, la cual, no consintiendo concepto, elevacion y honores en los otros, busca en la detraccion y la calumnia los recursos indispensables para destruir toda reputacion. Tratándose, por ejemplo, de formar la planta de los empleados, inmediatamente se procede á un vejámen horrible que todo lo mancha, todo lo oscurece, todo lo destruye. Allí la benevolencia figuraria como un objeto extraño; la verdad y la justicia son inmoladas ante la rabia, el despecho y la ambicion: allí el odio se desarrolla con una fecundidad prodigiosa; la censura se ensaña hasta contra lo mas inocente. Pásase una diligente revista de las cualidades personales, para mostrar en su apogéo todos los vicios: encomiéndase á un maligno y artificioso silencio llevar á cabo la obra que han dejado incompleta la murmuracion y la calumnia; y no trascurre mucho tiempo sin haber venido á tierra las mas bien formadas reputaciones. La envidia, no contenta con esgrimir la lengua, destilando gota á gota su venenosa hiel en las conversaciones privadas, se apodera de la prensa, para dar al desercido toda la extension del espacio y toda la duracion del tiempo.

He aquí por qué á este vicio detestable se refieren casi todas las desgracias que han pesado siempre sobre la humanidad. Por esto el Crisóstomo asegura que la envidia es una especie de peste que reduce al hombre á la condicion del Demonio, y hace de él uno de los demonios mas crueles. En el mismo sentido se explica San Basilio; y San Agustin advierte cómo la envidia fué la que precipitó de los cielos al ángel rebelde, y arrojó al hombre del Paraiso terrenal; la que trajo al mundo la muerte con el asesinato de Abel, armó contra José á sus propios hermanos, y causó al mismo tiempo la crucifixion de Jesucristo, Señor Nuestro, y el suicidio de Júdas. Aquel Santo Padre, abrasado en un justísimo celo contra los horrores y estragos de esta pasion maldita, quiere que, armándonos con todo

el poder de la palabra mostremos la envidia en la tribuna evangélica como una bestia feroz, que despoja de la fe, destruye la concordia, reduce á la nada la justicia y engendra toda clase de males.

Si por dicha de nuestra patria viéramos desaparecer de ella una lepra tan odiosa, ¡cuántos bienes no vendrian por este solo hecho! ¡cuántos otros males no desaparecerian al instante! Pero, ¡ay! no es la política, no es la razon de estado, no es la difusion de bellas teorías, ni las estériles máximas de esta moral bastarda, que todo lo reduce al bienestar y á la conveniencia, el remedio de un mal tan arraigado en el mundo, sino esa lei que ha bajado de los cielos, y que dando un diploma de felicidad para las cosas de que todos huian, abre las puertas del reino eterno á la pobreza de espíritu, á la mansedumbre, á la sinceridad y limpieza del alma, á las lágrimas de la tribulacion, á la misericordia, al amor ardiente de la justicia, y á la virtud perseguida. Solo esa religion de amor, ese culto, ese código que ha representado en la Cruz la restauracion del mundo, puede obrar estos cambios felices en la corrompida humanidad.

Otro de los vicios que mayor número de males han causado á la sociedad en muchas naciones, y que no sabemos hasta dónde habrá podido influir en la nuestra, es la inmoralidad así en la pretension y colacion, como en el desempeño de los empleos públicos.

Hai en esto vicios de mui diverso carácter, pero que debemos indicar por el interes que nos inspira la justicia, y el deber que nos incumbe de rectificar las ideas en materia de moral.

La primera máxima, y en extremo comun en paises trabajados por las revoluciones, es considerar los empleos como un botin que por derecho de victoria corresponde á los que han derrocado un Gobierno. ¡Bello título y admirable garantía para su desempeño! Trátase luego, apenas consumado el triunfo, no precisamente de buscar para el desempeño de los empleos á personas que profesen los principios de la Revolucion triunfante, cosa mui explicable; sino de recompensar con ellos á sus principales agentes, sin hacer alto en su ineptitud ó falta de honradez. En un partido, por mui reducido que se suponga, suele haber muchos hombres que, sin haber tomado las armas, ni levantándose contra el Gobierno establecido, profesan los mismos principios políticos y tienen mas aptitud y probidad que los corifeos de la insurreccion. Mas no se trata de esto: no se buscan personas propias para el desempeño de los empleos, sino empleos para las personas, considerándolas con derecho á un prorateo de los destinos públicos, como botin que les pertenece despues de la victoria. ¿Qué resulta naturalmente de aqui? Los efectos con-

siguientes al pésimo servicio público, una administracion contaminada desde su cuna, y un desórden permanente que mina dia por dia las bases del Estado.

Lo segundo y no raro, es la costumbre de distribuir los empleos, ya por influencias, ya por espíritu de partido, ya por quitar del medio á ciertas personas, ya finalmente por atraerlos, para que no hagan la oposicion al Gobierno. Viene una recomendacion expedida tal vez sin haber visto ni conocido jamas al sugeto, y á renglon seguido se coloca al ahijado por no desairar al padrino. Hai una persona que con recomendacion ó sin ella, pero con una perseverancia que raya en terquedad, se presenta todos los dias, á todas horas, insta, urge, estrecha, importuna, molesta, fastidia, y entónces se le da un empleo para no volverle á ver. Hai alguno que, por su influjo, sus relaciones y su oposicion bien manifiesta, es considerado como enemigo de la administracion. ¿Qué remedio? ¿amonestarle? ¿vigilarle? ¿corregirle? No: esto seria un retroceso. ¿Qué remedio pues? darle un empleo considerable, cuyo desempeño exija su separacion del pais. Finalmente, se teme que tales ó cuales sugetos de mala conducta, pero de grande influencia contra el órden público, disgustados por no tener parte en la administracion, le hagan la guerra; y para evitarlo, se les dan acaso los mejores empleos, á fin de hacerlos amigos teniéndolos contentos. Arreglándose á esta pauta el nombramiento de los empleados, ¿podrán los oficios estar bien desempeñados? ¿los intereses sociales contarán con las garantías de la administracion pública? ¿será una cosa extraña la inmoralidad en el desempeño de los empleos?

¿Cómo evitar todos estos desórdenes, y otros muchos que callamos? Con la aplicacion de la moral; mas no la moral de los intereses, sino la moral de todos los deberes, que ligan la conciencia é influyen sobre la eternidad: con la moral católica, con la moral del Evangelio, con la moral de la gracia y de las virtudes: con esa moral, cuyo poder fué bastante para regenerar á un mundo, que como el Profeta se explica, yacia en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

Vengamos ahora al obstáculo de los obstáculos, al mal de los males, no ménos comun y mas poderoso que todos, la oposicion. Esta palabra fastuosa colocada en el primer rango de nuestro vocabulario político, esta palabra que, reducida á su simple significacion, nada tendria de alarmante, representa en la ciencia moderna una entidad colosal, un gigante de cien brazos, armado contra la autoridad de la lei, el respeto del Gobierno, la fuerza de las instituciones y la conservacion del Estado. En otro tiempo no habia mas que dos clases: la de los que mandan y la de los que obedecen, lo

demás se consideraba como un desorden; hoy, merced á los adelantos de la ciencia política y al progreso social, hai tres: la de los que mandan, la de los que quieren obedecer, y la de los que se oponen. Y no es esto lo peor, sino que la oposicion en el día es una especie de institucion organizada, con su programa, sus medios de accion y sus derechos propios: cuenta no ya con la tolerancia, sino con el respeto y consideracion de los Gobiernos y con positivas garantías. De esta suerte nos hemos familiarizado ya con un fenómeno, que no por ser comun deja de ser estupendo, y es el nacimiento simultáneo del Gobierno que ha de regir á la Nacion, y de la oposicion que ha de matar al Gobierno.

¿Quién es capaz de ponderar los estragos que ha hecho la oposicion, tomada en este sentido? Basta decir que esta sola palabra representa á la Revolucion, este cáncer mortífero que corroe por todas partes á la humanidad, que se lanza sobre todo sin dejar en pié cosa alguna. En materia de instituciones, todo lo combate: en materia de armas, todas las esgrime: en materia de medios, todos los adopta: sacrifica el honor con tanta facilidad como dignifica la infamia: nada importan para ella los timbres de la verdad, los derechos de la justicia, los encantos de la paz. Y no se crea que al explicarnos de esta suerte nos entregamos al entusiasmo de las exageraciones; pues uno de los mas famosos gefes de la revolucion actual europea, nos la pinta de esta manera: "La Revolucion es una guerra activa y permanente contra todo principio y autoridad, contra todo poder. . . . La Revolucion es una cosa mas grande, mas fuerte y mas indómita que la fuerza física, es el pensamiento, la palabra, la opinion, la prensa."

Véase, pues, y no en un texto de la Santa Escritura, no en un lugar de los Padres, no en un escritor católico, ó á lo ménos cuerdo y sensato, sino en el mismo Mazzini, una declaracion bien explicita de que la Revolucion y la oposicion son sinónimas, y se presentan donde quiera armadas para destruir todo principio, toda autoridad, todo poder.

Esta oposicion tiene ramificaciones innumerables, pero todas conspiran al mismo fin: hacen la oposicion las opiniones con sus paralogismos y su ligereza proverbial, los intereses con sus artificios y con su influjo, la envidia con su maledicencia, sus detracciones y sus calumnias, los empleados mismos con sus quejas, sus conivencias y sus revelaciones: la hace la palabra hablada en los estrados, en las tertulias, en los cafés, en los sitios públicos, en toda clase de corrillos, la palabra escrita en la correspondencia epistolar y en la prensa. ¡Oposicion terrible, fuerza mas poderosa y destructora que

la que hace correr la sangre en los combates! Tan fútil en sus pensamientos como injusta en sus motivos é inicua en sus medios, ella se presenta siempre con todos los prestigios del ingenio, con todas las pretensiones de la razon y con todo el aparato del derecho. Y con todo esto campéa sin obstáculo, corre sin diques y asola sin término.

¿Qué correctivos oponer á tan terrible mal? Volvemos á decirlo, no hai otro que la accion decisiva de la institucion católica. La religion, la moral, el ministerio: he aquí el único medio de destruir este monstruo, ó cuando ménos, de debilitar su accion, quitarle su preponderancia, ó reducirle á ciertos límites que neutralicen su influencia.

La Lei divina, base y fundamento de la legislacion humana, esta Lei que abraza y regla el orden universal, esta Lei sábia como su Autor, que es el mismo Dios, todo lo tiene previsto, y con tal exactitud, que nada ciertamente puede haber capaz de autorizar esos pretendidos derechos de la oposicion. Segun esta Lei todos tenemos obligacion de obedecer á las potestades públicas, no solo para librarnos del castigo temporal, sino tambien para no hacernos reos de la pena eterna. Mas no por esto ha quedado la conciencia dependiente del capricho y las pasiones, sino al contrario, garantida por la Lei divina contra toda coaccion moral de parte de la lei y la autoridad humanas. Por esto el mismo principio de que nace la obligacion de obedecer, funda el derecho de resistir, cuando hai antagonismo entre la lei de los hombres y la lei de Dios. Hé aquí la resistencia pasiva, que sin autorizar la insurreccion, ha hecho tantos héroes y alcanzado los mas gloriosos triunfos.

¿Cuántos medios no tiene la moral, concertada con una sábia legislacion, para impedir los abusos sin legitimar la oposicion, ni poner en cierto modo á los gobiernos bajo la férula de los súbditos! Representaciones respetuosas, discusiones sensatas, libertad bien dirigida, resistencia justificada, &c., &c.: hé aquí lo que basta para quitar ese vano pretexto con que las falsas y anárquicas doctrinas de la Revolucion se arman para elevar sus miras á la categoría de los derechos y colocar la oposicion en el rango de un poder social.

Mas un correctivo tan saludable demanda, juntamente con el carácter divino de la regla, la existencia y el ejercicio de un poder moral, de una autoridad incontestable sobre la conciencia; y ese poder, dígase lo que se quiera, no se encontrará jamas fuera de la Iglesia de Jesucristo. No debemos ver, pues, en la Iglesia y su ministerio los obstáculos para la firmeza y conservacion del Estado, sino

el único recurso eficaz con que se cuenta hoy día para combatir con fruto á la Revolucion.

II.

¿Qué otra cosa podria resultar en México de la accion simultánea, constante y progresiva de todos estos vicios, á cual mas pernicioso, de tantas opiniones absurdas, tantos intereses bastardos, del egoismo y la indiferencia, de la envidia con sus detracciones y calumnias, de la inmoralidad en la provision y desempeño de los empleos, y de esa constante oposicion que no ha dejado en pié á ningun Gobierno, sino el trastorno completo de las ideas, la extincion del buen sentido, la corrupcion de las costumbres, la completa degeneracion del carácter nacional, la perpetuidad del desorden, la guerra cruel y la indomable anarquía? Cuando los pueblos llegan á este grado de corrupcion é inmoralidad, la sociedad presenta un síntoma de muerte alarmantísimo que hace morir toda esperanza. ¿Qué síntoma es este? Los hábitos de desorden en todo sentido, los hábitos de inmoralidad, los hábitos de una indiferencia que de nada se afecta: ese marasmo político y social, efecto de tales causas, resistente á todo remedio y verdadera agonía de las naciones. La pusilanimidad, la cobardía, la inercia, la insensibilidad, esa degradacion del carácter que dispone á los pueblos para ser la presa de todos los malvados, de todos cuantos quieran sojuzgarlos: hé aquí los resultados infalibles de aquellos vicios que ya hemos indicado: hé aquí los hábitos fatales que insensible pero progresivamente se han venido formando en este desgraciado país durante medio siglo de revoluciones, trastornos, crímenes y desastres: hé aquí el por qué de esa universal degradacion y miseria que ha sucedido al poder, á la fortaleza y prosperidad antigua del gran pueblo mexicano; las causas de esa facilidad prodigiosa con que la nacion vecina nos arrebató la mitad de nuestro inmenso territorio, de la inestabilidad proverbial de nuestras instituciones y gobiernos, de la perpetuidad de la guerra, y de esos mil y mil escombros, monumentos del crimen armado contra sociedad, que arracan gritos de dolor y de lástima en el vasto suelo mexicano.

Tales son las causas que han conducido á nuestra patria hasta el extremo lastimoso y casi desesperado en que se encuentra. La simple enunciacion de ellas basta para conocer, no solamente la inocencia del clero y de la Iglesia con su poder moral y sus rentas, respecto de las acusaciones que se le hacen, sino tambien que, si han tomado tal cuerpo y han ganado tal extension entre nosotros,

es precisamente por el empeño con que de muchos años á esta parte se ha estado haciendo la guerra á su doctrina infalible, á sus inmunidades, tan necesarias para conservar su influencia moral, á sus derechos mas sagrados, de los cuales ha hecho siempre un uso tan provechoso para la sociedad, á la garantía civil de sus libertades canónicas, tan indispensables para utilizar su ministerio en beneficio de la moral social. No: si la Iglesia hubiera sido escuchada y protegida, no se habrian desencadenado con tal fuerza sobre nuestra desgraciada patria esos agentes del mal, esos medios horribles empleados con tal arte por la *Revolucion* para trastornarlo y desquiciarlo todo.

Si al bosquejar el triste cuadro de nuestros errores y vicios, al estudiar las causas de nuestros trastornos políticos y decadencia social, no hemos preferido subir al origen y seguir la marcha de nuestros diversos partidos, en su constante y cada día mas encarnizada lucha, esto ha sido para que no parezca que tomamos parte en ella, y porque, á lo ménos á nuestro juicio, estas divisiones, estos combates, esta progresion continua de desórdenes consiguientes á la lucha de las facciones, son el efecto y no la causa de los vicios que hemos enunciado.

¿Dónde han comenzado, si no, esas divisiones políticas que parecieron contaminarnos desde el punto de partida que abrió á la nacion su independencia? En las opiniones, los intereses y las pasiones. ¿Por qué triste fatalidad se hallan tan cerca unas de otras, que parecen confundirse, las aclamaciones entusiastas que saludan al héroe de la independencia y los lamentos lúgubres que arrancan á un mismo tiempo el patíbulo y la tumba de Iturbide? Por la envidia rabiosa que no podia consentir el esplendor total de aquel astro que alumbraba los bellos dias de la patria. ¿Cómo explicar aquella república federal que salió como de la nada, supuesta la minoría de sus partidarios? Por el incremento que dió á esta minoría el sufragio de los imperialistas arrojado en el despecho y á impulso del odio contra de los enemigos personales de Iturbide. Es decir: se votó contra las convicciones mas profundas, tan solo para satisfacer un odio, tan solo para contemporizar con las exigencias de las pasiones. ¿Por qué nuestros mismos partidos políticos no han dejado nunca de presentar en sus vicisitudes esos signos inequívocos de desconcierto, debilidad, impotencia, y sobre todo, esa inconsecuencia constante entre sus principios y su conducta? Porque ni las opiniones tienen base, ni los intereses aplomo, ni las pasiones diques; porque casi todo se reduce á lucrar en las revueltas, á vengar agravios, á satisfacer odios y salir avante con las miras mas de-

pravadas. ¿Por qué se han visto levantar, al lado de los partidos radicales, partidos personales que han llegado á ser poderosos? Porque casi todo se sacrifica en este país á los intereses particulares, y nada se concede al bien comun. ¿Por qué estos partidos personales han figurado en todos lados, han sido imperialistas, republicanos, federalistas, centralistas y aun patronos y apoyos de la dictadura? Porque la desmoralizacion consiguiente á la falta de firmeza en las opiniones, ha traído la muerte de los principios, la preponderancia de los intereses ha sacrificado todos los derechos, y el hábito de las defecciones ha quitado á éstos hasta las garantías del bien parecer y la retentiva del pudor. ¿Por qué, finalmente, ningun partido ha logrado conservarse largo tiempo en el poder, sino que todos caen á poco de subir, y suben de nuevo á poco de caer? Porque todos llevan en sí mismos un elemento de muerte. ¿Cuál? La misma personalidad en quien se apoyan para triunfar, y con quien cuentan para gobernar: los gefes militares y los empleados civiles. Expliquémonos. Ya hemos dicho que una de las máximas en materia de grados y empleos ha sido el considerar ambas cosas como un botín de guerra que se reparte despues de la victoria: por consiguiente, los militares y empleados en lo general, porque hai excepciones honrosísimas, sirven á sus propios intereses y no á su causa, de lo cual resulta, que sin dificultad ninguna se sacrifica ésta cuanto aquellos lo exigen. Y como los partidos no se paran en medios, el caído combate al que ocupa el poder, no solo con las insurrecciones, sino tambien con las promesas, la seducción, el cohecho, &c., &c. Nada es por lo mismo tan comun como las defecciones y los pronunciamientos simpáticos, que acaban instantáneamente con un orden de cosas. Ya hemos visto gobiernos quedarse repentinamente solos y caer por sí mismos, casi sin combatir, porque todos sus apoyos les han faltado á la hora ménos pensada. Esto explica tambien un fenómeno tan comun aquí como vergonzoso, la movilidad extrema de muchos gefes y empleados de campo á campo, las capitulaciones concluidas con el pacto de un grado de ascenso para todos, y la suma dificultad para ocultar al enemigo las medidas y disposiciones del Gobierno. Por otra parte, y aun preseiñdiendo de estos vicios que arguyen tanta inmoralidad, no es posible que, ningun Gobierno tenga estabilidad y garantías de conservacion, cuando al proveer los empleos, en vez de procurrarse á toda costa una lealtad probada en el carácter moral, una probidad intachable, una bien calificada aptitud, y un mérito que ponga en accion la justicia distributiva, se trate únicamente de premiar cómplices, de obsequiar recomendaciones, de aplacar enemigos, lisongeándolos y

postergando ó los buenos, en suma: de seguir la política de los intereses y las pasiones, y no las máximas de la justicia, el supremo interes de la sociedad y el amor de la patria. Hé aquí por qué, ni las cosas marchan con regularidad, ni el orden cuenta con las garantías de la vigilancia y la actividad, ni el Gobierno es capaz, por falta de suficiente y eficaz cooperacion, de sobreponerse á las dificultades prácticas de todo género, que se van paulatinamente acumulando hasta formar esas crisis horribles, en que, no contando ya sino con sus sentimientos y sus desengaños, tiene forzosamente que sucumbir. Nada dirémos de la oposicion que, armada juntamente con los intereses, las pasiones y las garantías, ha sido un péndulo constante, cuyas continuas oscilaciones parecen marcar las vicisitudes de los partidos, y servir para calcular la portentosa rapidez con que nacen y mueren los gobiernos en esta tierra de prodigios.

Fácil en extremo sería para nosotros manifestar la exacta correspondencia que la versatilidad y capricho de las opiniones, el conflicto de los intereses privados, el frio mortal del egoismo, la accion lenta y disfrazada pero activa y destructora de la envidia, la pésima táctica seguida en el nombramiento de empleados y en los ascensos militares, y la constante oposicion impulsada por todos estos vicios, han guardado siempre con el origen, los progresos, las vicisitudes y la accion ruinosísima de los partidos políticos. Mas nos hemos extendido bastante, y lo que llevamos dicho es mas que suficiente para convencer á todo hombre sensato de que no es la Iglesia con su doctrina, sus inmunidades, sus rentas y derechos, no es el clero con su conducta, no es el pueblo con sus creencias, no es nuestra unidad religiosa, ni nuestro carácter social, sino únicamente los vicios que hemos recorrido, las divisiones que ellos han causado, y los hábitos de desorden que han hecho nacer y vigorizado, hasta orillarnos á la muerte, la causa del tristísimo estado de nuestra sociedad, y por consiguiente, que se han de buscar los remedios, no en la libertad religiosa ni en el triunfo completo de ese partido que, tomándola por bandera, todo lo ha sacrificado, sino en la concordia del Estado con la Iglesia, en la unidad religiosa, en la moral católica y en la accion tutelar de ese ministerio tan combatido, y que sin embargo ha civilizado al mundo.

§. XVI.

SOBRE LA IMPOTENCIA DE LOS PARTIDOS CONTENDIENTES PARA ESTABLECER UN GOBIERNO SÓLIDO Y ESTABLE, LO MUCHO QUE PODRIA CONTRIBUIR Á ESTO UNA MEDIACION EUROPEA BIEN DIRIGIDA, Y LO QUE DEBIA HACERSE EN CASO DE CONSEGUIRLO, YA POR PARTE DEL GOBIERNO, YA POR PARTE DEL PUEBLO.

Hai un hecho, cualesquiera que sean sus causas, que es indispensable reconocer y examinar atentamente, para ver si el estado de postracion á que ha llegado nuestra sociedad, tiene todavía remedio, cuál sea éste, y cómo alcanzarle y aplicarle con un éxito feliz que corone las esperanzas. ¿Cuál? La inestabilidad de nuestros Gobiernos, consecuencia precisa de la impotencia de los partidos, que de cuarenta años acá se han venido disputando el poder. Durante un periodo tan largo de vicisitudes entre derrotas y triunfos, cada vez parecen debilitarse mas los elementos de uno y otro, pero con tal proporcion, que aun en su actual decadencia, ninguno de ellos puede ni aun aproximarse á la conquista definitiva del poder. El fenómeno actual de los dos partidos gobernando simultáneamente en diferentes partes del territorio manifiesta con un hecho palpante la realidad y exactitud de este concepto. El partido rojo, con los recursos de los puertos mas productivos y el terror que infunde por donde quiera que toca, se ha hecho en cierto modo inaccesible á la fuerza de su contrario: el partido conservador, fuerte por sus principios, apoyados todos en la sociedad, pero privado de los recursos con que enenta el otro, se halla casi en la alternativa de tomar los puertos, y sobre todo el de Veracruz, ó sucumbir por inanicion, porque con los impuestos y préstamos de que ha vivido hasta ahora, es imposible que pueda tirar mas largo tiempo. Mas no por sucumbir éste y enseñorearse aquel de la Capital, concluirá todo: porque la reaccion comienza donde el Gobierno acaba. Volverá, pues, á las armas el partido vencido, tendrá su triunfo para caer de nuevo, y así seguirá todo hasta que nuestras mismas locuras, llevadas á tales extremos, nos hagan presa de la República vecina, que es á lo que estamos incontestablemente mas orillados.

Mas ¿cómo puede ser, se nos dirá, que estando íntegramente representados en los principios políticos del partido conservador los verdaderos intereses de la sociedad, no ha podido éste nunca, ni puede hoy, obtener sobre el otro, que por este solo hecho forma una

insignificante minoría, un triunfo tan decisivo, que pueda consolidar un Gobierno y conservarle á salvo de nuevas vicisitudes? He aquí una cuestion de tal importancia, que sin resolverla competentemente, no puede darse un solo paso para poner en claro las verdaderas causas de esta impotencia recíproca de los partidos, que de mucho tiempo acá, y hoi con mas encarnizamiento que nunca, se disputan el poder supremo sobre la sociedad. Mas para llegar á darle una solucion satisfactoria, es necesario tal vez subir al origen de nuestras vicisitudes políticas, y seguir al través de sus muchas modificaciones la marcha de los partidos hasta el estado que guardan hoi, para formarnos un concepto cabal, apoyados en datos históricos, sobre la posibilidad ó impotencia de consolidar aquí un Gobierno fundado en la misma sociedad, sostenido por todas sus clases, superior á los intereses bastardos que animan la accion de los partidos, capaz de dominar por completo la situacion, de reparar las ruinas que hasta aquí han dejado aquellos como huellas de su marcha desoladora, y abrir á la Nación, mediante un régimen sabio, prudente y enérgico, nuevas y espaciosas vias de verdadero progreso hácia un porvenir de opulencia y prosperidad. La materia es vasta, y tal vez nos obligue á prolongar demasiado este escrito; pero de tal importancia, que no puede ménos de inspirar el mayor interés, por el que de suyo tienen las verdades prácticas que nos proponemos poner en claro con nuestras observaciones. Mas no entraremos en ella sin hacer dos advertencias á nuestros lectores. Primera: en éste y los siguientes párrafos vamos á tratar un punto que omitimos de intento en el anterior, pág. 701; mas esto no debe tenerse como un olvido, ni calificarse de inconsecuencia: porque, si allá debimos hacernos á un lado, como suele decirse, pues hablábamos de los obstáculos, ya en calidad de defensa de la Iglesia y del clero mexicano, ya como una censura estrictamente moral cuyo objeto no está encerrado en el campo de un solo partido; aquí hablamos de la cuestion político-social, de los elementos con que actualmente cuentan los partidos, nos importa examinar las causas de su actual impotencia, y por esto necesitamos desandar casi todo su camino, seguirlos en su carrera con la luz de una critica imparcial, y apoyar en la verdad histórica la solucion de la cuestion política. Segunda: podíamos habernos limitado á una simple indicacion, para nuestro propósito, sin entrar en un exámen tan prolijo respecto de lo que pedira el punto en la economia de este escrito; mas hubiéramos perdido toda la fuerza de una base histórica, y por otra parte, la materia es del mayor interés, y mas vale infringir, si necesario es, las leyes del método, que privar á la mejor causa, la del temor y

la esperanza, de alguno de sus apoyos. En estos casos no hai precaucion excesiva ni prevision excusada.

§. XVII.

CONTINUACION.—LA REVOLUCION DE INDEPENDENCIA.

Si quisiésemos encontrar el primer origen de nuestros partidos políticos, y sobre todo, descubrir las causas de los vicios que todos ellos tienen, no andariamos tal vez desacertados en dirigir nuestra atencion y reflexionar maduramente sobre los elementos combinados que hicieron estallar en México la revolucion de Dolores. Toda revolucion política presupone un pensamiento del mismo género, y todo pensamiento de estos encierra por necesidad tres cosas que nunca pueden faltarle, motivos, medios y fines. A veces los motivos consisten en ese noble estímulo que el alma siente cuando convicciones arraigadas y profundas la sacan de la pasibilidad de un orden simplemente especulativo al teatro de la vida práctica: á veces la accion es impulsada ménos por las convicciones que por los intereses, y esto sucede siempre que fines particulares, y no miras nobles y grandiosas, sirv en debase á la conducta pública de los hombres. Mas como los intereses, lo mismo que la justicia, tienen sus principios y su lógica, nadie se mueve á obrar sin invocar razones y derechos. Los medios siguen de ordinario el carácter de los motivos, y los fines muy raras veces dejan de afectarse de éstos y de aquellos.

Examinando á la luz de esta verdad la revolucion de 1810, sorprendemos, al través de todos los movimientos generosos del patriotismo, y de ese bello colorido que la elocuencia encomiástica no ha dejado nunca de emplear para formar el interesante cuadro de aquella época y sus hombres mas notables, un error que, á primera vista, podria parecer insignificante, pero que, por lei de forzosa consecuencia, debia traer consigo un cúmulo de males. En materia de ciencia moral, social y política, puede asegurarse que todo error importa un vicio, y todo vicio trae consigo un desorden. El error, sustituyendo á la verdad de los principios, debilita la base; el vicio, caracterizando los medios, introduce los elementos de ruina en la construccion misma del edificio social, y el desorden, re-

presentado en los resultados, y haciéndose cada día mas y mas difícil de remedio, pone de manifiesto la inutilidad de todo.

¿Cuál es este error depositado como un elemento mortífero en el fondo de aquella revolucion memorable que iniciaron con tanto denuedo, y sostuvieron con tanta constancia y á costa de tantos sacrificios, sus célebres caudillos? ¿Acaso el de hacer independiente á su patria? Léjos de nosotros esta monstruosa idea: la independencia era el fin de aquel movimiento, pero no su principio: la independencia, objeto grande, justo, digno bajo todos respectos de una nacion illustre, debia ser el resultado de todo; mas como para realizarla fuese preciso conmover todo el conjunto de la sociedad, el pensamiento de esta conmocion, el principio para justificarla y el sistema de medios para la realizacion de su objeto no debieron ciertamente identificarse con el fin. ¿Cuál fué, repetimos, el error? motivar la independencia con la conquista en vez de justificarla con el estado de la sociedad. La simple conquista de México no podia ciertamente servir de apoyo al movimiento de Dolores sin precipitar cuestiones casi insolubles en la filosofia de la historia y en las mas elevadas regiones de la ciencia política, y traer con estas cuestiones dificultades de alto carácter, que no pudiendo ceder al simple impulso de un movimiento reaccionario, ni desaparecer bajo el influjo de la fuerza represiva del Gobierno español, debian reducirse, como de facto sucedió, á trastornarlo todo y causar males de muchos géneros á un pueblo, que, si no se presentaba en la gran categoria de los Estados políticos, gozaba sin duda inestimables bienes de la paz y del orden bajo la garantía de las leyes.

La conquista de México, consumada tres siglos atrás, pudo, recientemente sucedida, servir de principio natural y de noble motivo á los pobladores del Imperio mexicano, porque ellos componian la nacion conquistada, acababan de sufrir los efectos de un despojo de autoridad, y recibian el yugo de una potencia estrangera. Mas, ora fuese porque su impotencia no dió lugar á la reivindicacion de la nacionalidad, ora porque una parte de la poblacion, aceptando los principios y las miras de Cortés y haciendo causa con él, transformase la guerra estrangera en revolucion intestina, formando una mayoría nacional en favor de la conquista y dando un carácter nacional tambien al Gobierno que ella estableció, ora finalmente, porque la circunstancia de haber venido con la conquista el apostolado que introdujo la Religion en las Américas, interesase á todos los mexicanos que habian abrazado el cristianismo en el establecimiento definitivo de un orden político, que protegiendo la causa de la religion y la civilizacion, consumase al fin el triunfo de una y otra